

Opinión

EN Francia la inmunidad no es para siempre. Seis meses después de cesar como presidente de la República, Jacques Chirac –ya un ciudadano corriente– ha sido imputado por una jueza como presunto responsable de un delito de desvío de fondos públicos en beneficio de su partido. Le acusan de dar el visto bueno, siendo alcalde de París, a la contratación por el Ayuntamiento de cuarenta militantes neogaullistas que en realidad no trabajaban para el Ayuntamiento.

Dicho de otro modo: les pagaban con fondos municipales, pero laboraban para el partido que controlaba el Consistorio, con Chirac a la cabeza. Sus empleos públicos eran ficticios, simulados, inexistentes salvo en los contratos que firmaron. No se trata de un caso de financiación ilegal de partido a gran escala, instalado en la cultura francesa hasta que los jueces lo metieron en cintura años atrás, sino del aprovechamiento de las instituciones para ahorrarse los sueldos de los empleados del partido.

¿No les suena esa práctica? A mí, muchísimo. Es el pan nuestro de cada día –bueno, más bien el pan suyo– en las instituciones españolas de cualquier nivel. No hay Ayuntamiento que no disponga entre sus concejales de un grupo que se dedica, en efecto, a las tareas municipales, y cobra lógicamente por ello, pero también de otro grupo que trabajan en exclusiva para el partido al que pertenecen, a menu-



LA ESQUINA
José Aguilar
jaguilar@grupojoly.com

Chirac se queda corto

terios de elefantes en el que reposan, pagados con el dinero de todos, los alcaldes fracasados y los burócratas de partido. ¿Y dónde me dejan a los consejos? Todas las instituciones públicas están atravesadas de consejos para esto, para lo otro y para lo de más allá. Ni siquiera las acacias proliferan tanto como estos consejos cuyos consejeros tienen oficina en la sede del partido correspondiente y al consejo sólo van a reunirse de tarde en tarde –diatas mediante– y a trincar la nómina. En todas partes se pueden encontrar funcionarios de empleo adscritos a los grupos políticos cuya función nada tiene que ver con lo público, excepto por descargar en el erario público parte de la masa salarial de sus liberados. Y, de paso, contentar a muchos militantes colocándolos en sitios en los que nadie les pide cuentas.



RELOJ DE SOL
Joaquín Pérez Azaústre
azaustre@yahoo.es

Manifestación en Pozoblanco

EL próximo jueves hay que rugir con Pozoblanco, hay que ser de allí, hay que mojarse igual que un pozoalbense más de calle, hay que ser de Los Pedroches, hay que ser un personaje de Alejandro López Andrada. Ese día, entre el Paseo de la Estación y el Ayuntamiento de Pozoblanco, tendrá lugar una manifestación que pide la legítima expresión de toda una comarca en movimiento, que es ya una expansión de la provincia, un límite alzado en la región: que el tren se pare en Pozoblanco, que el tren pare en Los Pedroches. Ignorar Los Pedroches, echar la vista al lado frente a su espectáculo vital, humano y gastronómico, ganadero y vegetal, es querer tapiar el paraíso, disponer una venda en los ojos intactos del viajero que siempre que se acerca a Los Pedroches quiere descubrir una visión que tiene algo de química ancestral, de un temblor metálico en los ojos, de una brillantez de podredumbre. La riqueza coral de Los Pedroches, esa alimentación a la provincia en la sabiduría del cochino, en su repercusión de calor lúcido, es una bonhomía no de tránsito, una bonhomía sedentaria, una

Los Pedroches es la encina mágica, unos santuarios del abismo, unos campanarios que repican en la cumbre más alta de sus montes

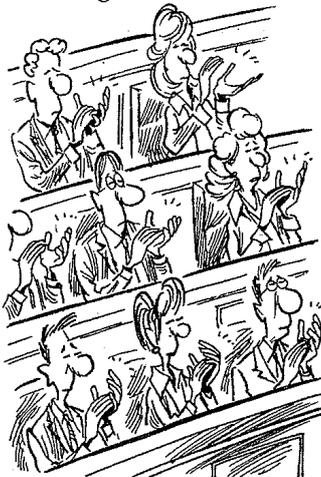
bonhomía de chimenea bien hurgada al fondo de la leña. Los Pedroches, y esto se ve muy bien en los libros de Alejandro López Andrada, es sobre todo un fondo de leña, una encina mágica.

Los Pedroches es la encina mágica, unos santuarios del abismo, unos campanarios que repican en la cumbre más alta de sus montes. Llegar a Los Pedroches tiene algo de accho misterioso, una voluntad casi pionera, porque a pesar de las mejoras de sus carreteras principales hay que internarse en puertos montañosos, en ese prodigioso Paso del Calatraveño, para poder mirar su luz primera. La luz primera de Los Pedroches se merece, en este otro bautismo, una parada de tren que lo incorpore a la modernidad del viaje rápido. Luego, la comarca ofrecerá esa morosidad de roca suave, esa perfección sobre la piedra henchida por los siglos de abandono, que aquí es pericia inhóspita. El desarrollo de la provincia, como el de Andalucía, no puede dejar fuera de sus rieles este valle de luz, este milagro, esta confluencia de los pueblos que han significado, en Los Pedroches, una precisión de tierra única.

No es sólo que Los Pedroches necesite un tren, sino que cualquier tren que quiera así adentrarse en la provincia, en Andalucía y sus gentes, necesita pasar por Los Pedroches. La obra de Alejandro López Andrada, que ha sido hasta ahora puerta de Los Pedroches para el mundo, es botón de muestra irrefutable de la universalidad del valle, de su tren misterioso hacia el futuro.

MIKI&DUARTE

Homenaje a Fernando Fernán-Gómez en el Congreso



MIKI & DUARTE

SI el Rey pudiese cobrar derechos de autor por su famosa frase “¿Por qué no te llamas?”, sacaría un buen pique. Pero, quizá, Jesús Mariñas podría disputarle la autoría intelectual, porque él ya silenció a una compañera de plató de manera parecida. Se acordarán de haber oído “¡que te calles, Karmele!” aunque no viesen *Tómbola*. Hay frases que quedan para la posteridad, como decía en esta página José Aguilar la semana pasada. Añado que se podría hacer la historia de España del último medio siglo con algunas de ellas.

Los más mayores se acordarán del general Franco culpando de todos los males del país al “contubernio judeomasónico internacional”. O al *bunker* franquista, temeroso de la llegada de las libertades, acusando a la “prensa canallesca” de abrir cauces informativos, con la censura vigente. En aquella época, el futbolista bético Rogelio se defendía de la exigencia de sus entrenadores, con un argumento recientemente utilizado por una ministra en apuros: “Correr es de cobardes”. Manuel Fraga, ministro de Gobernación del primer Gobierno de la Monarquía, cuando todavía no era constitucional, proclamó aquello de “la calle es mía”. A continuación, vino el “puedo prometer y prometo” de Adolfo Suárez, que simboliza la Transición; el “¡Ja acá aquí!” de Tarradellas, a su vuelta del exilio, o la perversa definición del presi-



HOJA DE RUTA
Ignacio Martínez
imartinez@grupojoly.com

Derechos de autor

dente, del ingenioso socialista Alfonso Guerra, que calificó a Suárez de “tahúr del Mississippi”. Y es muy brillante el retrato de Landelino Lavilla, sentado en la Presidencia del Congreso, hecho por su compañero de UCD, Francisco Fernández Ordóñez: “Landelino está expuesto”.

Un ministro de Suárez las pasó canutas para explicar un síndrome tóxico que causó la muerte a 350 personas. Cuando todavía no se sabía que era un envenenamiento por aceite de colza desnaturalizado, Sancho Rof dijo que el causante era “un bichito tan pequeño, que si se cae de la mesa, se mata”. Veinte años más tarde, podría haberle reclamado derechos de autor a Mariano Rajoy, cuando dijo que del *Prestige* salían “unos hilitos con aspecto de plastilina”.

El 23 de febrero de 1981, mientras los golpistas esperaban la llegada al Congreso de una “autoridad, militar, por supuesto”, el Rey calmaba los ánimos de Pujol: “Tranquilo Jordi, tranquilo”. Después, Felipe González empezó mandado diciendo que “el cambio” significaba “que el país funcione” y Aznar popularizó, en el primer aniversario de su victoria, el “España va bien”. Mientras, Anguita simplificaba la estrategia de IU en una sola palabra, repetida tres veces: “Programa, programa, programa”. Y Manuel Chaves convertía sus lapsus en trabalenguas famosos; con “Andazulla” también podría haber ganado unos euros en derechos de autor.